

Mi nombre es Gabi
Gabi Martínez

Ved que no doy lecciones ni limosnas,

Lo que doy, lo doy por entero de mí mismo.

Walt Whitman

En los últimos años, la literatura en español se ha visto alterada por un detalle sin aparente importancia. Por un detalle decisivo. Después de siglos leyendo a autores que firmaban con sus nombres de pila, algunos compuestos y largos y en ocasiones estirados por el nobiliario “de”, varios escritores, la mayoría con menos de 40 años, firmamos cuentos y novelas empleando el hipocorístico, la abreviatura o el diminutivo por el que nos conocen la familia y los amigos. Son nombres que no existen o no valen, según fuentes oficiales. Son nuestra identidad.

El estadounidense Walt Whitman inauguró la tradición. Afirmó que quería dirigirse al lector con cercanía, hablarle como hablaba a sus vecinos, sus amigos, y sus amigos le llamaban Walt. Walt Whitman sacudió el panorama literario mundial con un *Canto a mí mismo* que encumbró al hombre nuevo, ofreció otra forma de interpretar el mundo, la naturaleza, y con el tiempo varios autores magníficos han secundado sus propuestas de fraternidad y democracia. Porque Walt era vanguardia. Le habló a los bosques, al carbón, a los pájaros y a la calle. A la calle. –“Y hago sonar el gong de la rebelión”-. Su grito fue un revés para algunas élites, que vieron trastabillar el exclusivo coto en el que durante siglos habían cercado a La Cultura. Walt animaba a saber a todos. Abogó por un respeto diferente. Por la cultura más grande, que se escribe en minúsculas. Walt fue el anuncio del pop. La cuna de Andy (Warhol).

Hoy, apellidos como Spanbauer, Wolfe, Morrison o Shepard garantizan la majestuosidad del diminutivo y los Tom, las Toni o los Sam que los preceden dignifican aún más la herencia del Gran Walt. Reserva del XIX.

A la estela de los USA pioneros, en Europa encontramos escritores llamados Fred (Uhlman), Nick (Hornby) o Nikos (Kazantzakis). Pero, ¿y España? Antes de firmar “Gabi” revisé la historia de la literatura escrita en español y la conclusión fue: una gran duda. No había diminutivos, ni siquiera contracciones. El vanguardista Ramón Gómez de la Serna se había atrevido a reducirse en “Ramón” pero la mayoría de iniciativas posteriores en España apuntaban mucho más acá: Menchu (Gutiérrez), el peculiar Suso (de Toro), Maruja (Torres) o Biel (Mesquida) y Quim (Monzó) –“los amigos me llamaban así y no veía el sentido de llamarme de otra manera”-, si bien los dos últimos eran autores traducidos del catalán que, como sus colegas de las otras-lenguas-del-estado, afrontaban de manera bien distinta ciertos corsés.

De cualquier forma, encontré varios escritores por entonces veintañeros como Care (Santos), (Montero) Glez o Josan (Hatero), además del llamativo Ray (Loriga), cuya firma respondía, eso sí, a un ardid más complejo orientado claramente a dar un golpe de efecto. Entre todos, parece que Glez y Ray fueron los más fabulosos al elegir su nombre público, aparte del anónimo F.M. que publica en Lengua de Trapo.

Yo, como Care –“no tengo conciencia, y nunca la he tenido, de llamarme otra cosa sino Care”- o Josan, y más tarde Toni (Montesinos) o Magda (Bandera), me planteé la elección en términos de comodidad, de sentirme a gusto sabiendo que mi nombre era el mío, y por eso hoy, aquí, fiel a la historia más íntima, digo que mi nombre es Gabi.

Habla con sinceridad, porque nadie más te oye y sólo dispongo de un minuto.

La llegada de los bárbaros o la invasión de los ultracuerpos podrían ilustrar lo que supone la entrada del diminutivo en la solemne literatura española, tan remisa a dar cancha a formas argumentales y expresivas demasiado ajenas a una tradición que en los últimos años se ha visto contaminada como nunca tanto por otros géneros narrativos – cine, cómic, publicidad, música- como por literaturas foráneas que corrompen de forma inexorable a cualquiera que posea un liliputiense interés por lo que nos va a deparar el futuro.

Lo solemne no es amigo de lo nuevo, y por eso mientras en Estados Unidos, Alemania, Francia o Inglaterra existen secciones de suplementos y revistas culturales dedicadas a divulgar últimas tendencias literarias, a proclamar la novedad, en España ser joven y escritor es sinónimo de inmadurez y resta crédito. ¿Por qué?

Hace unos años, los editores apostaron por cambiar ese aire grave y aburrido con el que se asociaba a lo literario proyectando a autores como Ray Loriga, José Angel Mañas, Juan Manuel de Prada, Lucía Etxebarria y Pedro Maestre. Crearon fenómenos en torno a los personajes y los vendieron estilo-estrellas-del-pop o, como en el caso de la catorceañera Violeta Hernando, atracciones de feria. Fueron los conejillos de una industria ávida que obviamente se olvidó de los individuos – *“Por todas partes los que caminan con monedas en los ojos”*-, y varios de ellos, muy nuevos en este sarao, se quemaron a la luz pública asumiendo papeles que traían mal o en absoluto estudiados... excepto Juan Manuel de, que es el que mejor sobrevive, el más apegado a la patria, el prosista de impecable técnica. El normal, aunque bueno.

Los noventa fueron un campo de pruebas editoriales, se buscaban los filones por la vía sociológica, muchas luces enfocaban a las “promesas”, los editores pagaron anticipos desorbitados por primeras novelas y, por supuesto, hubo naufragios y víctimas. La

resaca de la Gran Fiesta de los Forrados deja unos editores resentidos y mal dispuestos a recibir proposiciones de esos otros jóvenes que de forma bastante hormiga, *xino xano*, poco a poco, han ido elaborando una obra rigurosa, sorprendente, seria y bien nutrida en la torrentera audiovisual, de manera que comparten intereses y turbaciones, más de una inquietud, quizá drogas, a veces bares, y casi que ya está. Aparte de la calidad.

Pero un libro nuevo apenas puede verse sin apoyo editorial. Sin revistas o televisiones que se hagan eco. Sin políticas estatales favorables al progreso no sólo económico. Hace poco, en un debate sobre I+D (Investigación y Desarrollo) moderado por Josep Puigbo en La 2, un invitado resumió el quid de la cuestión. Más o menos dijo que para que un país sea competitivo a nivel planetario —ése es el ámbito de la gran literatura- debe ofrecer producto 1) barato; 2) de calidad; ó 3) nuevo. Según el analista, España ofrece bastante producto barato; y cada año se va mejorando la calidad; “¡pero!”, eso dijo el analista, “¡pero!”, ¿cómo estamos de producto nuevo? Bajo mínimos. El analista dijo: “Nada”. Nos dedicamos a copiar. En el debate hablaban de ciencia, de nuevas tecnologías, pero las conclusiones son igualmente aplicables a lo literario. De pe. A pa. Lo nuevo quizás exista. Pero no se divulga, nadie lo sabe, casi se oculta. El cambio espanta.

En un clima así cuesta menos comprender que unos, como Ray Loriga o Antonio Orejudo, se hayan fugado durante años, por ejemplo, a los Estados Unidos. Y que otros, para aplacar el desasosiego causado por la amenazadora proliferación de ideas raras, se defiendan denominando “basura” a las nuevas tendencias y desdeñando con el apelativo “subcultura” a las propuestas vinculadas a esa nueva óptica y velocidad que está retocando la idiosincrasia global.

Sé que me ha tocado en suerte el mejor de los tiempos y espacios, y que nunca he sido medido y nunca lo seré

Sin embargo, es evidente la calidad de los Simpson, el exitoso impacto de las concentraciones anuales de cibernautas en Valencia, el calado del manga, el porno, la serie B, el pulp o incluso el gore, y que Fernando Alonso es el primer piloto español en subir a un podio de Fórmula 1. Es evidente la eclosión de internet, el auge de las playstations, de la telefonía móvil, y la multiplicación de robots.

Por eso, las vanguardias de doctores, granjeros, científicos y hasta deportistas suelen recordar que cuentan con los últimos avances para su trabajo, que leen revistas extranjeras y subrayan que esto o lo otro fue posible gracias a tal sofisticado artefacto. Y lo mismo sucede con la moda, el cine o la música, que asimilan rápido para su arte los flujos multimedia internacionales, mientras que en literatura... hay cambios sutiles, sí, un diminutivo aquí, un protagonista japonés allá, la intuición de ciertas empatías tecnológicas, cambios en fin que podrían suponer una declaración de intenciones pero, hasta ahora, poco más.

Quizá lo más significativo sea la explosión de la paradoja y una demoledora ironía – brutal, a ratos desternillante, de precisión virtuosa- en la estética de una pléyade de autores para los que Francisco Casavella ha hecho de zapador, abriendo campo a la vez que conectaba la tradición instalada con la que ahora despega. Zapador o correa transmisora. Bisagra. Vínculo. Y, más que nada, un gran escritor. Todo eso es Casavella. Que no firma con diminutivo. ¿Por qué iba a hacerlo?

Como Casavella adelanta en sus novelas, la falta de credibilidad que inspiran los mandamases en general, abonada por la saturación de mentira informativa, ha cuajado literariamente en una burla feroz al tiempo que melancólica –actitud fundamental-, una

burla de la sociedad y la vida privada que los nuevos escritores han ido articulando *xino xano*, poco a poco, y ya está sacando la cabeza, de manera natural, porque es la hora. Estos escritores no son prematuros. Nada de fórceps ni excesivos dolores. Vienen solos y tranquilos pero en bloque, compartiendo algunas imágenes y ritmos de ese mundo inesperadamente polícromo y vertiginoso al que asistimos superdefinido en pantallas planas con una megafonía *dolby stereo megarround* que sonoriza las imágenes capturadas del satélite. Somos criaturas de la tele. Pero de la tele en color. No hemos vivido la guerra. Ni siquiera la posguerra. Navegamos el ciberespacio. Hay quienes cantan en inglés. Y bailamos. Conozco estupendos escritores que bailan *tecno-house* de manera impresionante. Y, algunos, firman con diminutivo. Mi nombre es Gabi. Puedes creerlo o no. Puedes asumirlo. O no. Pero así es.

En su reciente *Pasando página*, Sergio Vila-Sanjuán observa la falta de relevo generacional. Y bastantes editores señalan en privado –“yo nunca he dicho esto, ¿de acuerdo?”- que “por primera vez en la historia de la última literatura española, los escritores mayores de cuarenta años (ESMACS) no dan paso a los que vienen”. Los mejor pensados lo achacan a una real falta de calidad entre los nuevos autores. Los peor dicen que, después de agotar la época “idealista”, los ESMACS contemporáneos han estudiado la mercadotecnia literaria y se han obligado a un reciclaje algo brusco que les ha llevado a ver en el novato a un competidor de estantería, siempre más joven y en ocasiones, encima, guapo.

De todos modos, en la última tongada de editores, que a fin de cuentas son los que deciden, hay partidarios de la renovación porque ellos mismos son considerablemente frescos. Algunos suplementos literarios y revistas disponen ya de un banco de jóvenes críticos y periodistas que asimismo poco a poco, *xino xano*, propagan en cuanto pueden las maravillas que se escriben por ahí. Nada que ver con esos Críticos de Destrucción

Masiva (CDM) –“los innombrables” (un editor)- que, al parecer contagiados por la fiebre-de-la-imagen-de-los-noventa, y a tenor de su criterio basculante –“cualquiera que los lea con regularidad se da cuenta de que algo falla” (lectores en cantidad)-, persiguen la fama fácil recurriendo a la crítica alevosa y filoinsultante de los autores que despuntan. Y aquí se impone una cuestión: ¿A cuántos buenos autores jóvenes no relacionados al grupo mediático que les paga han descubierto los CDM?

Olvidando a los CDM, algunos especialistas que intuyen la que se avecina se marcaron un refrescante y espectacular giro de tuerca que, además de motivar una polémica grande y absurda, sirve de aviso para navegantes: el último Premio Nacional de Narrativa fue para *Tranvía en SP* (Alfaguara) novela de 173 páginas de Unai Elorriaga, que es treintañero y escribe en euskera.

De acuerdo, *Tranvía en SP* es una aparición *à la Ray* o *à la Lucía*, un estreno muy luminotécnico... cuyo fulgor desmesurado no deja de ser útil porque, por efecto radiactivo, puede alumbrar un pelín a esos autores que han ido acumulando valiosas pruebas y obras en retaguardia.

El Dios reflectante (Mondadori) de Javier Calvo es uno de esos libros locomotores, heraldo de mutaciones, mutación en si mismo, pórtico fiabilísimo a otro modo de ejecutar literatura en España. Esta novela reúne varias características de las comentadas y resulta llamativa, además de por su calidad, por la ruptura que propone a sus paisanos. En distinta onda, con excelencia casi poética, en *Tu parte del trato* (Debate), Josan Hatero sintoniza la frecuencia del gran relato corto y cuadra magistrales historias influidas por USA's y centroeuropeos pero con un sabor muy local. Javier –que no firma con abreviatura ni diminutivo- y Josan –que sí lo hace- son de esos autores que empiezan a justificar una generación. “Querría escribir cuentos como los escribe Josan”, ha dicho Casavella. Que pronto ingresará entre los ESMACS. Y qué más da.

En la línea de fuego siguen Ray Loriga, Félix Romeo e Ismael Grasa; Gonzalo Calcedo o Germán Sierra son veteranos de referencia; la parodia que Rafael Reig hace del arte y las novelas baratas en su *Sangre a borbotones* es desternillante. Reig emplea los arquetipos de “lo cutre” para producir un humor sofisticadamente simple que recurre hasta a efectos especiales tipo bocadillo de cómic: “plaf, plaf”; el sabio Eloy Fernández Porta continúa proponiendo fórmulas insólitas que rompen hielos como los barcos en el Ártico; Bernardo Atxaga no deja de hablar bien de Arkaitz Cano, a ver si lo traducen ya; y atención a Esther García Llovet, narradora cimarrona –esta palabra gusta entre varios nuevos-, fan de las historias cruzadas y de un suspense de tinte austriaco que ejecuta mimando cada línea, e innovando en muchos giros; y a Víctor Andresco, que expande un síndrome común a muchos escritores nuevos: el síndrome del superdotado. Es llamativa la devoción por los protagonistas cerebritos reiterada en novelas de David Foster Wallace, Javier Calvo o Víctor Andresco, entre otros. Puede no ser casualidad que el crítico Harold Bloom, siempre en la onda, haya titulado a su último libro *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*.

En paralelo, nacen grupos que reivindican calidades literarias al margen de los premios millonarios. Ahí estamos los escritores, editores, críticos e inventores –hay un inventor de La Gancho Divine, parodiando desde Barcelona a nuestros vecinos ESMACS de La Gauche y creando un premio sin dinero que en su primera edición ganó Casavella por *Los juegos feroces* (Mondadori).

Y aquí otro detalle: en los últimos cinco años, los libros más exitosos firmados por gente nueva los firman Javier Cercas, Carlos Ruiz Zafón y Pablo Tusell. Dos de Barcelona y el primero a caballo entre ésta y Gerona. No es que sea un incondicional de sus literaturas pero queda claro que este trío permite sospechar la ebullición cultural de una ciudad con fantásticos tesoros aún guardados.

Dicen que está feo hablar de uno mismo y estoy hablando hasta de mi ciudad, es lo que mejor conozco, espero que los de lejos en breve me contéis secretos, pero ya puestos añadiré que en la tarea de abrir brechas por donde pase la corriente, el propio Gabi (Martínez) –yo- he impulsado colecciones de viajes en Plaza & Janés, Mondadori, Ediciones del Bronce y Ediciones del Cobre. Hasta la fecha, la literatura de viajes casi ha sido coto de anglosajones, que nos han contado el mundo según sus referentes y educación. Gracias. Ahora, mis colecciones, como otras –incluso National Geographic empieza a publicar libros de indígenas tipo Paco (Nadal)-, envían a escritores en lengua española a recorrer el mundo para después contarlo de una forma que sin duda nos puede resultar inesperadamente cercana. Cuentan avenidas que recuerdan a cualquier Gran Vía. Playas tipo Matalascañas. Musculaturas vascongadas. Vientos cuasi gallegos. Campiñas tan extremeñas. Serpientes como anguilas del Ebro. Se trata de cuidar lo propio mientras saludamos al mundo. Se trata de ser de verdad cosmopolita. De tener contacto con lo raro. De aprender. Mi nombre es Gabi, había empezado diciendo. Parecido al autor que prefirió que le llamaran Gabo. Gabi. Como la tenista Sabatini. Como aquel payaso de la tele.